RAMÓN ZORRILLA

La corrupción político-administrativa. Un acercamiento histórico y valorativo

DE muchas maneras y en forma cada vez más insistente el tema *corrupción* nos salta a lo cotidiano. Está en la prensa, tanto a nivel informativo de escándalo como en los comentarios editoriales más serios. Una revisión hemerográfica de no muchos meses sobre un par de diarios y otros tantos hebdomadarios darían material para la elaboración de volúmenes enteros acerca de escándalos ocurridos en Estados Unidos, Francia, Holanda, Japón, etc., de tal magnitud que han involucrado a dirigentes políticos de primer plano, miembros de la realeza y personajes de similar relieve.

En lo que podría ser un virtuosismo de acción corruptiva un grupo político internacional puede usar la prensa misma —en el nivel rumor— para desprestigiar o presionar a un dirigente nacional señalándolo como corrupto y los medios de difusión internacionales (utilizando lo que en la teoría de la comunicación se llaman “ruidos”), pueden a su vez marcar negativamente la imagen de una nación o de un pueblo.

La vida política mexicana de los últimos años ha tenido la idea “corrupción” como un tema dominante en el discurso gubernamental. A un expresidente se le atribuyó (esa atribución no fue oficialmente desmentida) la frase “El que esté libre de culpa que tire la primera piedra”. El expresidente que sucedió al anterior afirmó en un informe de gobierno: “Muchas primeras piedras se han tirado contra funcionarios públicos. Ojalá los demás estén libres de culpa. Con frecuencia denunciar la corrupción es una forma de ser corruptos”. Fue pues inevita-

ble (¿dialéctico?) que el nuevo sexenio haya levantado antes que nada una bandera de renovación moral.

Pese a la incidencia del tema —a nivel nacional y planetario—, en el nivel de la reflexión metódica el tema “*corrupción*” rara vez —o ninguna— es abordado en un estudio único.

Es posible que el hecho obedezca a cierta dificultad que presenta la extensión con que el concepto se aplica a un sinnúmero de realidades en el mundo físico, biológico, moral, social, político y económico. Esto puede originar una gran confusión y ciertamente hace en alguna forma que el tema se nos haga con frecuencia inasible.

En las notas que se presentan a continuación se ha querido, antes que nada, distinguir con claridad el concepto de *corrupción político-administrativa* de otros usos análogos del término (corrupción física, moral, social, etc.). Esto ayudaría —creemos— a un futuro tratamiento del tema. Se ha querido también seguir el rastro de esta corrupción en diversos momentos de la cultura occidental y, por último, presentar y discutir algunos criterios valorativos en referencia a México en este año de 1984, sobre el fenómeno conceptualmente aislado, descrito y someramente estudiado.

Agrupamos las notas en tres secciones:

I. El primer intento es buscar el origen del concepto de corrupción en el contexto occidental, señalar una noción nominal y etimológica, preguntarse por la posibilidad de una definición esencial de corrupción y —de encontrarse— plantear una definición de trabajo (*working definition*) aplicable al campo político-administrativo.

II. En esta segunda parte, acudiendo a textos históricos y literarios, que están en manos de cualquier persona medianamente culta, se trata muy someramente de localizar ese fenómeno político y administrativo en diferentes tiempos y lugares de la historia de Occidente y, más tarde, de la historia mexicana.

III. Se recogen aquí diversos puntos de vista y distintos criterios valorativos respecto del fenómeno corruptivo y se aventuran algunas conjeturas acerca de cómo éste se da y se juzga en el particular sistema de valores, *hic et nunc*, de la realidad mexicana.

I

Definición nominal

La palabra griega para designar el fenómeno que nosotros entendemos por corrupción es *ftarma* (φτάρμα). Se encuentra en Aristóteles desde el título del tratado *De la generación y de la corrupción* hasta el señalamiento (en la *Política*) de tiranía, oligarquía y demagogia como formas *corruptas* de los gobiernos monárquico, aristocrático y republicano respectivamente.¹ *Corruptio*, *corruption* es el vocablo latino. En su uso ciceroniano implica relajamiento en las costumbres y al mismo tiempo acciones como el soborno. En el bajo latín, corrupción se usa con frecuencia en un sentido relativo a moral sexual.²

La palabra latina *corrupto* deriva del verbo *corrumpere*, que implica rompimiento. De ahí llegan al inglés, *corruption*; al alemán, *Korruption*; al italiano *corruzione*. De ahí también las voces españolas *corrupción* y *corromper*, a las que la Academia de la Lengua da los siguientes significados:

Corrupción: 1. Acción o efecto de corromper o corromperse; 2. Alteración o vicio en un libro escrito; 3. ant. Diarrea; 4. fig. Vicio o abuso introducido en las cosas no materiales: corrupción de costumbres, de voces.

Corromper: 1. Alterar y trastocar la forma de alguna cosa; 2. Echar a perder, depravar, dañar, podrir; 3. Sobornar o cohechar al juez, o a cualquier persona, con dádivas o de otra manera; 4. fig. Pervertir o seducir a una mujer; 5. fig. Estragar, viciar, pervertir: corromper las costumbres, el habla, la literatura; 6. fig. y fam. Incomodar, fastidiar, irritar; 7. intr. Oler mal.³

Definición esencial

La idea de corrupción aplicada a un conjunto social —familia,

¹ Aristóteles, *Obras* (tr. del griego por Francisco de P. Samaranich), Aguilar, Madrid 1972.

² Es en ese sentido como la recogen los más clásicos entre los *lexicon* que se ocupan del latín medieval.

³ Real Academia Española, *Diccionario de la lengua española*, Madrid 1947¹⁷.

ciudad, nación, estado— parece relacionarse con la acepción primera que da el diccionario del verbo corromper: “alterar y trastocar la forma de una cosa”. En esa primera acepción tiene cabida inclusive la tercera de las señaladas por el diccionario: “sobornar o cohechar al juez o a cualquier persona con dádivas”, etcétera.

Forma (*morphé* en griego) es lo que da sentido a la materia (*hylōs*) y hace posible la existencia de cada ser. Si se exceptúa aquel Ser Primero de Aristóteles, en el que no cabe composición alguna —al que santo Tomás identificará con Dios— habrá en los demás seres una composición de materia y de forma, de potencia y de acto. La forma *actualiza*, hace existir a ese ser compuesto.

Ese compuesto o “mixto” (mezclado), es susceptible de corrupción. Corrupción se presenta ontológicamente no como una simple pasión o afección sino como una acción mutua antagónica entre los elementos constitutivos del compuesto que buscan la separación, que será descomposición, que será corrupción.

En los seres vivos —plantas, animales, hombres— esa corrupción, esa descomposición, viene con la muerte, con la extinción de la vida. Esa muerte no será otra cosa que el rompimiento definitivo de una forma, la máxima corrupción.

Pero corrupción es básicamente un proceso. En el *Enquiridion*, al analizar el problema del mal, Agustín de Hipona afirma que la corrupción —como un mal— precisa del bien. Salvo en el bien absoluto, en todos los otros seres habrá siempre un elemento de corrupción que, para existir, necesita del bien, la corrupción sola como el solo mal no pueden existir jamás por sí mismas.⁴ Pero hablaremos más de ese *Enquiridion* en la sección III.

Antes y después de san Agustín; mucho antes, desde luego, de los sociólogos organicistas, se han aplicado —analógicamente— observaciones y experiencias de los entes biológicos al mundo de lo moral y a las realidades sociales, jurídicas y políticas. “Corrupción de costumbres”, “corrupción administrativa”, “corrupción de menores” (como delito tipifi-

⁴ San Agustín, *Obras*, BAC, Madrid 1956.

cado en múltiples legislaciones), “justicia corrupta”, etcétera.

En lo social y político la corrupción —tomada la idea de trastrueque de una forma— indica que la formalidad misma de una sociedad, su esquema institucional, su constitución misma y el conjunto de leyes que vertebran la vida jurídica de un pueblo, están alterándose o trastrocándose o rompiéndose.

Una pregunta de moda es la de si, al mismo tiempo que se trastoca esa constitución formal o ideal del país, se altera también su constitución real; o si más bien la constitución ideal (ese conjunto de leyes, *nomoi* para los griegos), no corresponde ya, ni es suficiente para la vida de un pueblo que la está rebasando. Quedarían entonces sólo dos posibilidades en ese conflicto: el cambio total en la constitución formal (revolución) o una correspondencia entre lo propiamente formal y lo real a través de los múltiples medios (soborno, compra de la justicia, propina, obsequio, regalo, etc.) en que la administración y la justicia formales se puedan adecuar a las condiciones reales de un pueblo.

La corrupción político-administrativa

De las múltiples acepciones que el diccionario de la Real Academia da al verbo corromper es la primera de ellas —hemos dicho— la que más adecuadamente correspondería a lo que en este estudio se plantea como corrupción. Se define ahí la acción de corromper como “alterar y trastocar la forma de alguna cosa”.

A este elemento habría que añadir algo más; la forma, lo que se trastoca o se altera en cada caso, *es la de una organización social y política*; es trastocada en alguna de sus funciones fundamentales, sea la legislativa, sea la judicial, sea la administrativa.

Esta alteración o trastrueque, rompimiento ocasional o solución de continuidad en el sistema, se da fundamentalmente en el trato entre funcionarios, magistrados, secretarios, empleados o agentes del poder público por una parte y particulares por la otra. Se da en base a una especie de pacto, sea tácito,

sea explícito, cuyo objeto consensual consiste en la no aplicación o la incorrecta aplicación de una disposición legal. De parte del funcionario, agente, empleado, etc., del poder público lo que se otorga es ese trastrocamiento, esa alteración de una norma legal. Recibe a cambio una recompensa que puede tener muchos nombres ("regalo", "mordida", "soborno", "comisión") y que generalmente se presenta en forma de dinero en efectivo.

La mayor parte de esos actos a que hacemos referencia pueden estar en alguna forma tipificados en su carácter delictivo. (De ninguna manera todo delito puede ser interpretado como corrupción. La comisión de un acto antijurídico que amerita una sanción específica al delincuente suscita una acción penal que al aplicarse, previo juicio y sentencia, confirma y no trastoca ni altera el orden jurídico de una sociedad.)

Dada la complejidad creciente de la vida social pueden darse acciones que no estén clasificadas específicamente; sin embargo, rompen o trastocan, a veces profundamente, el espíritu de las leyes y de las instituciones. Eso puede ocurrir fundamentalmente en la vida política y en ciertos países en un momento especial de su desarrollo. En Estados Unidos, por ejemplo, el año de 1876 (señalado por algunos historiadores el año más corrupto de la vida política norteamericana), las legislaturas de los estados fueron llamadas a decidir entre los dos candidatos a la presidencia de la república que habían obtenido una votación casi igual. Muchas de las legislaturas vendieron descaradamente su voto y el candidato electo por ellas fue el que tenía menos votos pero era el predilecto de los corruptores negociantes del ferrocarril.⁵

Puede darse también —en el caso de un país en desarrollo— que no haya una adecuada correspondencia entre la realidad social y la forma jurídica, por la sencilla razón de que esa juridicidad es insuficiente para contener o para prever la movilidad de una sociedad. En estos casos podría darse una "seudocorrupción", que no altera, rompe o trastoca la forma, sino que de alguna manera, provisionalmente, la sustituye.

⁵ Gore Vidal hace una extraordinaria reconstrucción histórica de ese tiempo en su novela *1876*.

II

Ubicación espacio-temporal del fenómeno

La Biblia es uno de los textos más antiguos en donde puede encontrarse el concepto de corrupción... (corruptibilidad está en hebreo, empleada en el capítulo XVIII del libro del Éxodo). Su uso se refiere a la administración de justicia. Jetro, madianita y suegro de Moisés visita a éste en el desierto, junto al monte Sinaí, donde se había establecido el campamento de los israelitas. Ve a Moisés sentarse desde el amanecer hasta la noche para juzgar y dictar sentencia a quienes tenían querrela o pleito de entre los hebreos. Jetro le dice: "No está bien lo que estás haciendo. Acabarás agotándote tú y este pueblo que está contigo... porque el trabajo es superior a tus fuerzas", y le recomienda: "Elige de entre el pueblo hombres capaces y temerosos de Dios, hombres fieles e *incorruptibles*... para que ellos juzguen al pueblo y sólo te lleven a ti los asuntos más graves". El hecho relatado por el texto ocurriría, según los historiadores, hacia el año 1200 antes de Cristo.⁶ Hace suponer que esa organización judicial existía en Madián y al buscarse la incorruptibilidad se supondría ahí el hecho de la corrupción judicial.

Cuatrocientos años después el profeta Miqueas lanzará (en el versículo tercero del capítulo séptimo) una dura imprecación entre los mismos hebreos: "Para el mal sus manos adiestran, el príncipe exige, y también el juez recompensa".⁷ La incorruptibilidad recomendada por Jetro a Moisés no fue, pues, de ninguna manera permanente.

En el libro de los *Salmos* se pedirá:

Juzga Mi causa Dios Mío
 Líbrame del hombre inicuo y engañador
 cuya diestra está colmada de sobornos [...]

En Atenas, en *Critón* (o diálogo del deber), Platón narra

⁶ Libro del Éxodo, *Biblia de Jerusalén*, Desclée de Brouwer, Bilbao 1975.

⁷ Miqueas en la misma versión de la Biblia.

cómo Sócrates —condenado a muerte y esperando ya el inminente cumplimiento de la sentencia— rechaza la propuesta de fuga que le hace su discípulo Critón quien, junto con sus amigos ricos, había comprado previamente a los carceleros para hacer posible la evasión. Un caso claro de corrupción administrativa en el nivel de funcionarios secundarios.⁸

El mismo Platón, en el octavo libro de *La república*, explica que todo lo que nace tiende a corromperse (*ftora*). De esa manera el paso de su ciudad ideal, su *politeia*, a formas cada vez menores como serán la timocracia, la oligarquía, la democracia y la tiranía, mostrarán un proceso de corrupción *in crescendo*.⁹

Tucídides, al hacer el retrato de Pericles en las guerras del Peloponeso, dice: “no se dejó corromper por el dinero”.

Aristóteles, pocos años después, concluirá de su estudio sobre las distintas constituciones griegas que las tres formas puras (monarquía, aristocracia, república), se *corromperán* cuando los gobernantes —uno, varios, la mayoría— olviden en su gestión de gobierno la búsqueda del bien común y sólo persigan el bien propio de uno, varios o la mayoría.¹⁰

En Roma, el modelo de los modelos administrativos y jurídicos de Occidente, es factible encontrar las más elaboradas técnicas y prototipos de corrupción. Cicerón, en los últimos días de la república, nos ofrece en sus piezas oratorias un extenso catálogo de prácticas corruptas atribuidas a Catilina entre otros.¹¹

Ya en el imperio, la corrupción se extenderá más que nunca, de lo administrativo a las costumbres y a su vez volverá a lo administrativo, judicial y económico.

San Agustín será un juez severo de costumbres y hábitos de la antigüedad tardía.¹² Durante el medioevo, en el sistema feudal

⁸ Platón, *Obras completas* (tr. del griego por Francisco de P. Samaranch), Aguilar, Madrid 1974.

⁹ Platón, *La república* (tr. de Antonio Gómez Robledo), UNAM, México 1971 (Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana).

¹⁰ Aristóteles, *La política*, en *Obras* (tr. del griego por Francisco de P. Samaranch), Aguilar, Madrid 1977.²

¹¹ Con anterioridad Cicerón, electo edil curul, había acusado a Verres, corrupto gobernador de Sicilia.

¹² San Agustín, *La ciudad de Dios*, en *Obras*, cit.

que se irá instituyendo a fuego y a espada a la caída de Roma, difícilmente podría considerarse una corrupción política y estatal, cuando el orden político y social era inestable o inexistente.

Para muchos filósofos parece coincidir ahí la ciudad terrestre y la ciudad de Dios. En esa *Civitas Dei*, las antiguas virtudes platónicas (*andreia, dedake, sofrosini*: justicia, fortaleza, templanza y prudencia, que fueron también rectoras para la clase alta y directiva de los romanos educada por los estoicos) son cristianizadas y convertidas en virtudes *cardinales* que regirán, en el ámbito personal y en el comunitario, las relaciones jurídicas y sociales. Difícilmente podría plantearse un problema de corrupción (en el sentido de rompimiento de una forma jurídica, política y administrativa) cuando el estado no estaba constituido. Durante siglos, la llamada lucha de investiduras, entre papas y emperadores, imposibilitan esa estructura social. En esa lucha muchos especialistas opinan que el triunfo definitivo lo obtuvo la iglesia. Paradójicamente este triunfo coincide con el llamado cisma de Occidente y el rompimiento de la unidad religiosa de Europa.

Una causa del cisma y de ese rompimiento fue el escándalo —llamado por los impugnadores *corrupción*— de aquella venta de indulgencias tachada por muchos cristianos como simoníaca. Antecedente de la venta era el poder creciente, en los últimos siglos de la edad media, del oro y el dinero.

Documentos tan antiguos como los versos del Arcipreste de Hita nos hablarán de las propiedades que tiene el dinero:

Enxiemplo de la propiedat que'l dinero ha
Mucho faz' el dinero, mucho es de amar:
Al torpe faze bueno é ome de prestar,
Ffaze correr el coxo é al mundo fablar,
El que non tiene manos, dyneros quier' tomar.¹³

¹³ Juan Ruiz Arcipreste de Hita, *El libro de buen amor*, Madrid 1949. El poema continúa en parte:

Sy tovyeres dyneros, avrás consolación
Plazer é alegría é del papa ración,
Comprará parayso, ganarás salvación:
Do son muchos dineros, es mucha bendición.

La iglesia tomaba a su cargo muchas de las funciones administrativas y —frecuentemente— judiciales. La simonía entendida como venta de sacramentos o poderes espirituales sería la más grave de las “corrupciones”. En otra vertiente son frecuentes las críticas contra los malos clérigos (etimológicamente “gente de pluma”), que aprovechan su posición también en lo administrativo para lucrar.

En el orden de la nobleza, el poder corruptor del dinero es satirizado siglos más tarde, por aquel gran poeta del siglo de oro español, en la cuarteta en la que juega con las monedas del tiempo y los títulos nobiliarios:

Escudos pintan escudos
Ducados compran ducados
y tahúres muy desnudos
Con dados hacen condados.¹⁴

Quevedo está ya en la edad moderna. El imperio español se apoyará en la primera gran estructura estatal de este tiempo y conllevará una enorme y cuidadosa organización administrativa y judicial basada en una legislación (las leyes de Indias) que muchos calificaron de muy sabia pero difícil de aplicar en aquel extenso imperio.

En México, los estudios del mundo precortesiano parecen coincidir en el hecho de que en el imperio mexica existía una organización político-estatal perfectamente establecida. En los cronistas se encuentran datos referentes al sistema imperial de correos, la colección de tributos, la organización del culto, etcétera.

Yo vy allá en Roma, do es la santidad
Que todos al dinero fazianl'/amilidat.
Grand onrra le fazían con grand solenidat,
Todos á él se omillan como á la magestat.

Dava muchos juyzios, mucha mala sentencia
Con malos abogados esa su mantenencia,
En tener malos pleitos á fer mal' abedencia;
En cabo por dineros avya penitencia.

¹⁴ Francisco de Quevedo, *Poesías completas*, Madrid 1948.

Entre los relatos de Bernal Díaz del Castillo muchos han resaltado el episodio aquél en el que los conquistadores, recién convertidos en huéspedes por Moctezuma, visitan el mercado de Tlatelolco y son objeto de la atención general de los mercaderes. De pronto, éstos se dispersan y prestan su total atención a nuevos personajes. ¿Quiénes son éstos más importantes que nosotros?, se preguntaban los sorprendidos españoles: eran los funcionarios de mercados del emperador; ¿qué cuidadosa administración habría detrás de ellos?¹⁵

El sistema administrativo de entonces se rompe con la conquista. La nueva nación que se va formando experimenta *ab ovo* una particular renovación de la lucha por las investiduras. Uno de los primeros actos del obispo Zumárraga es la excomunión de los integrantes de la primera audiencia, a causa de sus crímenes, que incluyeron ataques de hecho a los primeros franciscanos evangelizadores.

El sistema legislativo y administrativo de España —como señalábamos arriba— fue el mejor de los de su tiempo si se considera la extensión del imperio y la consiguiente lejanía de muchas de las colonias que dejó la excelencia y justicia de las leyes en manos de funcionarios, empleados y agentes no siempre justos ni fieles.

Si en México se considera generalmente encomiable la administración de algunos virreyes (Antonio de Mendoza, los dos Velasco y algunos de los últimos como Revillagigedo y Bucareli), ciertamente hubo otros en el tiempo borbónico, como el clásico marqués de Branciforte, cuya esposa se las ingeniaba para estafar a las alhajadas damas de la colonia, cambiando corales por oro y piedras preciosas, a través de socios joyeros venidos de la península; si así eran los virreyes —es de preguntarse— ¿cómo serían los funcionarios menores?

Los mexicanos se acostumbraron así a tratar con respeto a la lejana corona, al remoto rey de España y con desconfianza y prevención a sus funcionarios en América; y confiaron más durante siglos en una iglesia, constituida en gran parte por religiosos regulares en cuyas manos estuvieron en muchas

¹⁵ Esta visita a Tlatelolco es recreada literalmente por Alfonso Reyes en su *Visión de Anáhuac*.

formas la educación entera y lo más parecido a una banca u organización financiera de la época.¹⁶

Nuestra semilucha de semiinvestiduras duró más de trescientos años. Del bajo clero saldrán la mayor parte de los caudillos de la independencia y de él también —colgados los hábitos— buena parte de los dirigentes políticos, letrados y funcionarios del México del siglo XIX, que engrosarán particularmente las filas del partido liberal.

Durante más de medio siglo, el México independiente se caracterizará por las luchas entre liberales y conservadores, cada una de las facciones con un distinto modelo de organización política y social. Dificilmente pudo darse entonces *corrupción* en el sentido de una forma administrativo-política, cuando apenas se intentaba establecerla.

Las referencias a la corrupción en el terreno de lo social tenían antes que nada una carga de moral personal y de sentimiento religioso (en el sentido de las antiguas virtudes y entre ellas fundamentalmente la justicia).

A partir de 1876 se irá fundando un sistema administrativo y de organización política y judicial centralista de hecho y federalista en su estructura legal: el porfiriato. Mucho se ha discutido sobre si hubo o no en aquel régimen corrupción administrativa o judicial. Una especie de consenso general afirma que hubo más injusticia social que legal o administrativa.

Hay en el nivel más alto, en referencia por ejemplo a la fortuna personal del presidente Díaz, el dato de que éste, después de 30 años de gobernar como autoridad máxima, llevó tan sólo a su destierro en París unos cuantos miles de pesos de aquel tiempo.

El problema de la injusticia lo entendían entonces muchos campesinos como *aplicación de la ley* (las de reforma en cuanto a las tierras comunales) y no la de no aplicación o suspensión de las mismas.

Sobre el sistema judicial de ese tiempo hay este testimonio de Luis Cabrera:

¹⁶ Romeo Flores Caballero tiene un valioso estudio al respecto donde habla de la influencia de los decretos de consolidación de la independencia de México (*La contrarrevolución en la independencia*, El Colegio de México, México 1969).

Comparando la condición de la justicia en 1901 con lo que es en 1951, se llega a la conclusión de que en algo hemos mejorado, gracias a la revolución; y en mucho hemos empeorado por razones ineludibles derivadas del crecimiento de la población y de las nuevas condiciones morales en que se lleva a cabo la lucha de intereses particulares.

En 1901, la justicia inferior, llamémosla así, era incomparablemente superior a la actual.

Cinco juzgados de lo civil, bastaban holgadamente para administrar justicia en la ciudad de México. Y cuando los jueces se llamaban Angel Zavala, o Arcadio Norma, o Francisco Díaz Lombardo, o Constantino Chapital, o Esteban Maqueo Castellanos; y cuando entre los magistrados había hombres como don Manuel Mateos Alarcón, don José Zubieta, don Manuel Osio, don Francisco del Mar, o don Julio García, ya puede creerse que teníamos en aquella época la mejor justicia que pudiera desearse.

Las decisiones de los jueces en materia civil no llegaban necesariamente a la Suprema corte de justicia, coladas, como en un cedazo, por el recurso de casación que retenía todos los casos de mera interpretación de la ley civil.

Podríamos, pues, decir que antes de la revolución, había mejor justicia en el Distrito Federal, cuando menos. [...] En provincia no había justicia. El caciquismo era la representación genuina de la paz, del orden y del progreso, y en un régimen de caciquismo es imposible la justicia local.¹⁷

Algunos textos posteriores del mismo Cabrera serán más rudos aún, refiriéndose al conjunto de la posrevolución:

Y vosotros, los vástagos de la segunda generación, que no habéis conocido la revolución más que de oídas, porque salísteis de Gomorra en el vientre de vuestras madres o en brazos de vuestros padres, también sois como estatuas de sal.

Os llamáis los herederos de la revolución, quizás porque la consideráis como una regalía que por derecho os corresponde disfrutar. Y se os llena la boca hablando de ella y presumiendo de estarla continuando.

Pero no hay tal. Os habéis detenido también en el éxodo y lo que es peor habéis desandado el camino para volver a Gomorra, la tierra de vuestros mayores.

¹⁷ Luis Cabrera, discurso en su jubileo profesional.

Y creyendo engrandecer a la revolución, habéis comenzado a levantar todos los monumentos que la soberbia humana puede inventar, nuevas pirámides de Kheops y nuevos palacios de Karnak a la margen del río; nuevos jardines de Nínive en la playa del mar; nueva torres de Babel, altas y desgarbadas, que remedan las de Babilonia; nuevos mausoleos para glorificar héroes de dudosa reputación, y nuevas estatuas de Mennón en las cuales imitáis la escultura elefantiásica de vuestros antepasados. Todo para perpetuar vuestra soberbia y para tener en qué gastar los millones acumulados por vuestra codicia insaciable.

¿Creéis que estáis haciendo obra revolucionaria? No; estáis reconstruyendo a Gomorra, con todas sus condiciones, con todas sus infamias, con todas sus concupiscencias, con todas sus iniquidades. Y para eso queréis romper las tablas de la Ley que Moisés bajó del Sinaí en medio de la tempestad.

Pero vosotros no sois estatuas de sal; sois los becerros de oro ante los cuales se postrarán los filisteos, y todos los que han negado a Jehová en su corazón.¹⁸

De los años cincuenta a la fecha, unido al llamado milagro mexicano, las acusaciones de corrupción respecto a funcionarios se multiplican. Lo que antes era —o podía ser— un escandaloso caso excepcional, el proceso y encarcelamiento de un funcionario por delitos que implicasen corrupción, se ha vuelto en los últimos años algo que ya no asombra. En el anterior sexenio y lo que va de éste, han sido detenidos y procesados exsecretarios de estado —del régimen inmediatamente anterior—, directores de institutos, fideicomisos y otras organizaciones oficiales.

III

El problema axiológico

Hemos entendido el concepto de corrupción —para efectos de este trabajo— como un fenómeno de alteración o trastrueque de formas jurídicas y/o administrativas.

¹⁸ Citado por Jesús Silva Herzog, *El pensamiento económico, social y político de México (1810-1964)*, Instituto mexicano de investigaciones económicas, México 1967, pp. 546-547.

En la parte final de estas notas trataremos de ver en qué forma el fenómeno corruptivo —entendido a la manera ya explicada— puede ser considerado dentro de distintos esquemas ético-valorativos, fundamentalmente en aquéllos que en cierta forma tienen mayor prevalencia en nuestro país.

La tarea no es nada fácil. Pese a la presencia constante del tema en diarios y discursos, son particularmente escasos (en México y fuera de México) los acercamientos intelectuales al tema desde puntos de vista doctrinarios sólidos.

Hemos escogido algunos textos que pueden darnos en todo caso algunos elementos para mostrar el fenómeno percibido y evaluado desde distintos puntos de vista.

El primero de los textos —de José María Solozabal— está tomado de la *Gran enciclopedia Rialp*. Se combinan en él enfoques de lo que podría llamarse una ética social con observaciones y referencias en algunos puntos (v. gr. la licitud o ilicitud moral de la evasión de impuestos) junto con criterios de teología moral anteriores al II Concilio Vaticano. Creemos que este tratamiento podría a no mucho tiempo de distancia influir en buena parte del campo empresarial mexicano.

Transcribimos después textos de origen marxista pero en diferente nivel. Uno pertenece a la Academia de ciencias de Moscú y los otros a mexicanos de filiación marxista que analizan en 1969 y con criterios distintos la realidad política y administrativa mexicana.

En tercer lugar reproducimos un texto —en realidad poco divulgado— del *Enquiridion* de san Agustín, que en una u otra forma ha orientado el pensamiento teológico, desde el nivel más general, en torno al fenómeno corruptivo.

Al final de esta sección III, nos permitimos aventurar algunas reflexiones muy generales acerca de qué manera puede valorarse el hecho de la corrupción en el posible juego de valores en el México de la década en curso.

Un texto neoenciclopédico

El primero de los textos en el que nos detendremos es el de José María Solozabal. Transcribimos:

Se utiliza aquí, aplicada a la sociedad, la palabra corrupción para indicar la situación en la que, por no cumplir sus deberes sociales los miembros de una comunidad, no puede aquélla desempeñar, con la eficacia que habría derecho a esperar, su función específica. La expresión está tomada del mundo físico; a veces se habla también de corrupción social en el sentido de que los componentes de la sociedad están corrompidos moralmente en cualquier aspecto de la actividad humana y con elementos imperfectos no es posible conseguir un compuesto perfecto, pero aquí empleamos la expresión en sentido distinto.

La corrupción social, entendida como decimos, puede ser la consecuencia de una variada gama de actividades al margen de la norma moral por parte de los individuos; pero en la vida social hay un sector que tiene una importancia excepcional, y nos referimos a las relaciones administración-ciudadanos, que, si están viciadas, entorpecen de una manera especial el funcionamiento de toda la máquina social. La razón formal de la existencia y de la actuación del estado es el bien común y éste no quedará suficientemente tutelado, e incluso puede quedar seriamente comprometido, si la acción pública no está sometida a las exigencias morales. Siempre ha sido así, pero se puede afirmar que cada vez lo es más debido al creciente intervencionismo estatal en la vida económica y social [...]

Dice más adelante:

Las personas con función pública pueden incurrir en responsabilidad frente al estado y a la sociedad si son negligentes en el desempeño de su cometido; esto es ya una cierta forma de corrupción administrativa, pero esta expresión se aplica más propiamente a las situaciones en las *que por una actuación al margen de sus deberes profesionales, y, por tanto, de la moral, salen perjudicados el estado, el bien común y tal vez personas concretas*. Un incumplimiento de sus deberes profesionales, bien sea positiva, bien sea negativamente, por todo el que tiene que desarrollar una función pública es indudable que ha de incidir en perjuicio para el bien común, y entonces diremos que hay falta moral contra la justicia social, además del pecado de infidelidad, y esto vale para cualquier persona incluida en una de las tres categorías citadas. Si entre ciertas personas y la administración propiamente dicha hay un contrato o cuasi-contrato por el que esas personas se obligan, a cambio de unos derechos que

les concede el estado, a velar por los intereses de éste en un sector concreto, el incumplimiento de sus deberes supone algo más que un perjuicio para el bien común, ya que esa persona es causa verdadera, eficaz e injusta de un daño directo para el estado, haya o no haya enriquecimiento propio. Y si se da en ello culpa teológica, es clara la lesión formal de la justicia conmutativa. La persona que colabora con ese funcionario peca también contra la misma virtud, y esto independientemente de la postura que se adopte sobre la obligatoriedad en conciencia de las leyes civiles.

Ejemplifica:

Aclaremos esto con un ejemplo. Una persona soborna a un notario para que falsifique un documento, o a un inspector de hacienda para que acepte una declaración falsa, con la finalidad en ambos casos de pagar menos impuestos al fisco. El notario ha faltado a su deber profesional en algo en que está interesado el bien común, ha actuado inmoralmente lesionando la justicia social, pero él no tiene ningún deber contractual de velar por los intereses de la hacienda, por lo cual, si se parte de que las leyes fiscales son meramente penales (sentencia según algunos probable, aunque no de nuestro agrado) no se le puede imputar la responsabilidad de tipo de justicia conmutativa frente al estado. En cambio, el inspector de hacienda tiene en concreto el deber *ex officio* de velar por los intereses del fisco, por lo que su acción es lesiva de la justicia conmutativa, y esto aun admitiendo que no haya obligación moral de pagar los impuestos. Y la persona que le soborna colabora a ese pecado, pecando a su vez contra la misma virtud, con todas las consecuencias que desde el punto de vista de la restitución se derivan para ambos cooperadores, principal y secundario.

Hay quienes, ostentando cargos políticos o siendo funcionarios propiamente dichos, pueden tener la misión de conceder algo (cargos, permisos administrativos, divisas, concesiones, etc.), a un número de personas menor que los solicitantes. El criterio que les debe guiar ha de ser siempre el del bien común y la justicia distributiva. Cualquier motivación distinta, bien sea el provecho personal del otorgante, bien sea el favoritismo injustificado, supone un atentado contra la sociedad que tiene el derecho a que el beneficiario sea el que mejores títulos presente, ya que esto repercutirá en provecho de todos, y supone además una injusticia realizada contra este solicitante de mejor derecho.

Dice del uso de información:

Nos parece interesante citar una forma de corrupción administrativa que puede tener repercusiones especialmente graves. Y es la utilización, en provecho propio o en beneficio de otra persona, a la que se los manifiesta, de informes sobre actuaciones futuras de los órganos de la administración. El gobernante y el funcionario tienen el deber del secreto profesional en lo referente a lo que conocen en el ejercicio de su cargo. Si manifiestan a una persona lo que la administración va a realizar, esa persona dispondrá de un conocimiento que le permitirá actuar en desigualdad con respecto a otros que lo desconocen, lo cual hace que las condiciones contractuales, en su caso, no sean justas. Si no puede manifestar a otros, tampoco podría utilizar esos conocimientos en provecho propio y en perjuicio de los que no lo posean.

Distingue por último y puntualiza:

Hemos insistido en la corrupción administrativa no porque sólo ella suponga corrupción social, sino por la especial importancia que en sí misma tiene, y por la repercusión que sobre el comportamiento de los ciudadanos privados tiene la inmoralidad de los que desempeñan funciones públicas. La evasión del pago de impuestos, la utilización de cualquier forma de soborno de los que desempeñan funciones de intermediarios entre particulares, etc., son también manifestaciones de corrupción social. Se podría hablar de una cierta correlación entre la moral de los individuos en general y la moral de los que ejercen funciones públicas, ya que éstos son personas extraídas de la cantera de la población del país.¹⁹

En un extenso desierto de opiniones y criterios responsables sobre el fenómeno corruptivo en lo social y político, el texto de Solozabal es un punto de partida valioso para estudios posteriores.

La definición inicial de corrupción dada por el autor no parece sin embargo suficiente. El "no cumplir una sociedad su

¹⁹ *Gran enciclopedia Rialp*, Madrid 1972.

acción específica” a causa de “no cumplir todos los elementos de una comunidad sus deberes sociales”, rebasa con mucho el ámbito en que hemos entendido corrupción para nuestra definición operativa. En los términos del texto de Solozabal el abstenerse un ciudadano de votar (evidentemente el hacerlo no cumpliría sus deberes sociales) por determinadas razones difícilmente puede ser considerado como un acto corrupto y podrían hallarse muchos otros ejemplos al respecto.

De la definición están ausentes los elementos de enriquecimiento o de lucro o de ganancia material por los partícipes del acto corruptivo.

En los ejemplos, sin embargo y en la enumeración de las posibilidades de corrupción como son: el soborno a un inspector de hacienda, manejo de información oficial reservada en provecho personal, favorecimiento de personas en el otorgamiento de cargos, permisos administrativos, concesiones, etc., el autor del artículo se ciñe *fundamentalmente* a la materialidad de la corrupción administrativa.

Por la zona de divulgación de una editorial como la Rialp es de pensarse que el criterio de Solozabal tenga ya una influencia importante en buena parte del sector empresarial.

Puntos de vista socialistas

Lo que para el cristianismo —y el judaísmo— es el pecado original, para los marxistas es la explotación del hombre por el hombre.

En el *Manifiesto comunista*, Marx y Engels afirman que los gobiernos no son más que los comités de administración de negocios de la clase burguesa. Dentro de ese contexto la corrupción administrativa pertenecería más al orden privado y personal y sería, en todo caso, otro síntoma de la decadencia del sistema capitalista.

Se ha señalado con frecuencia la ausencia tanto de una estética como de una ética en el sistema marxista. De ahí la dificultad básica para hallar dentro de los pensadores marxistas un *tractatus* del orden corruptivo.

En el mejor de los casos, al llegar a una sociedad sin clases y desaparecer la explotación del hombre por el hombre y con ella

la explotación de una nación a otra, desaparecería —debe creerse— cualquier corrupción. Sobre todo en la etapa del comunismo, en la que, según Lenin, las tareas de gobierno, “a cada uno según sus necesidades, de cada uno según sus capacidades”, podrían ser llevadas a cabo por una cocinera.

Es, sin embargo, en la *Enciclopedia soviética* donde encontramos tratado, más claramente que en cualquier otra parte, el concepto corrupción como lo hemos entendido en este trabajo. Ahí el académico Krutolog define la corrupción como: “Delito consistente en el directo uso por parte de un funcionario de los derechos que se le otorgan por su cargo para el propósito de enriquecimiento personal”.²⁰

La comisión de ese acto delictivo en los países socialistas no es infrecuente. La pena del mismo en repetidos casos, algunos de ellos no muy remotos, ha sido incluso la pena de muerte.

En México algunos intelectuales de izquierda han elaborado uno de los pocos libros editados sobre el tema. Se trata del volumen, valioso por muchos conceptos, intitulado *La corrupción*, que recoge ensayos de Rosario Castellanos, David Alfaro Siqueiros, Renato Leduc, Enrique Ortega Arenas, Arturo Warman, Jorge Carrión y Jorge Montañó sobre la corrupción entre intelectuales, en el arte, en la prensa, la corrupción judicial, en el campo, en la política y en el capitalismo, respectivamente.²¹

Del prólogo de Guillermo Montañó resalta la siguiente descripción de la “mordida”:

Una de las corruptelas más definidas y que perfilan con más nitidez cierto aspecto de nuestra estructuración socioeconómica es la conocida bajo el nombre de “mordida”, término popular de tremenda fuerza expresiva, que marca en forma por demás precisa todos los matices de este aspecto de la corrupción. Constituye un *denominador común subyacente en cualquier forma de actividad que un individuo quiera desarrollar en México, en todos los niveles*, y con versatilidad constituye una verdadera entelequia o un fantasma cuya presencia y fuerza se sienten pero en un momento dado no se pueden delimitar.

²⁰ *Great Soviet Encyclopedia*, Londres 1973 (traducción autorizada de la *Bol'shaia Sovetskaja Entsiklopedia*, Moscú 1970).

²¹ Rosario Castellanos y otros, *La corrupción*, Nuestro Tiempo, México 1970.

Las propinas, las pequeñas dádivas de dinero que los más modestos empleados aceptan por dar trámite al más insignificante asunto, que de otra manera se alarga hasta el borde de la desesperación al desembocar en el “tortuguismo”, con las técnicas y tácticas más refinadas para encontrar siempre alguna falla de tipo formal, secretarial o de interpretación, que conduzca inevitablemente a la propina en pago del trámite y la resolución.

Los regalos, cuya cuantía y esplendor varían en proporción directa del rango del funcionario que los recibe, hasta alcanzar dimensiones descomunales en algunos de los extraordinarios contratos de que viven la mayoría de las grandes empresas, generadoras de innumerables formas de corrupción y que se han encargado marginalmente de “hacer justicia” a muchos funcionarios “revolucionarios”, son otras muestras de esta situación.

Señala también una mecánica sexenal:

No es un secreto para nadie que la inmensa mayoría de los funcionarios aprovechan sus puestos para practicar múltiples formas de la deshonestidad que les permite, al terminar su función, pasar una vida plácida, tranquila, sin preocupaciones, en esos cuarteles de la revolución que son las Lomas y el Pedregal. De ahí la desesperación y el ansia constante y permanentemente de mantenerse a flote en cada período presidencial, en jugosos puestos que dan, con el poder, facilidades increíbles y prebendas de todo tipo.

Todo el pueblo de México sabe perfectamente bien quiénes son los escasísimos funcionarios “honrados, honrados, honrados”, que después de un período presidencial salen con el pie derecho y alta la cabeza, en la misma situación en que entraron, olvidados y menospreciados, objeto de múltiples epítetos peyorativos por “haber dejado pasar la oportunidad”, sobre todo en una sociedad y un ambiente que no sólo estimula a los altos funcionarios venales sino que, con inflexible rigidez, hace, según la ya trillada frase, vacua y sin sentido, “caer todo el peso de la ley” sobre infelices empleados que cometen pequeños robos, explicables la mayoría de las veces por la miseria en que viven, aunque de ninguna manera justificables.

El lujo ostentoso y rastacuero, ampliamente difundido por una prensa que bajo la forma de páginas sociales exhibe con caracteres alarmantes este nuevo tipo de sociedad, estimula y

propicia los deseos de engrandecimiento, que en general son proporcionales a la facilidad y la amplitud con que los funcionarios son sobornables y cohechables, de manera que en la actualidad el ser millonario a secas pasa inadvertido. Cualquier persona puede serlo, circunstancia que no le da ninguna característica especial que dentro de su clase la distinga de los demás.

A medida que más amplios sectores de la clase media inescrupulosos irrumpen en el sector de la clase adinerada, tanto en su carácter de consumidores como en el de productores de bienes de especulación, ejercerán una influencia cada vez más decisiva y nefasta en el ámbito de nuestra organización social, originando un rechazo y un desplazamiento automático de los valores sociales morales vigentes, en detrimento de los millones de seres miserables que pueblan nuestro mundo.

La riqueza, más allá del mínimo que permite al individuo vivir con dignidad humana y satisfacer sus necesidades inalienables como ser viviente, no cambia básicamente el modo de vivir de la gente adinerada, y cuando produce un cambio, éste no es proporcional al aumento de los ingresos, sino que va a aumentar el caudal de dinero que engendran los grandes monopolios, que a su vez cierra el círculo férreo que mantiene a las tres cuartas partes de la humanidad en condiciones infrahumanas de vida. El capitalismo, dándose cuenta de que la caldera de la miseria sube de presión hasta niveles altamente peligrosos para sus intereses ha encontrado un magnífico pretexto en el control de la natalidad, que bajo la cobertura de una sincera planeación familiar trata simplemente de evitar la explosión de la caldera.

Los revolucionarios convertidos en millonarios tratan aún de convencernos de los beneficios que sus latrocinios han dejado al país.²²

Las afirmaciones de Guillermo Montaña son más bien populistas que estrictamente marxistas y en algunos casos se derivan sólo del buen sentido y el instinto de honestidad de una muy vieja ética que Justo Sierra llegó a expresar en la frase por todos olvidada: "el acrisolado sentido de honradez del pueblo mexicano".

En ese mismo volumen, Jorge Carrión, al ocuparse de la política mexicana, afirma por su parte:

²² Guillermo Montaña en el prólogo del libro citado.

La corrupción forma parte indisoluble de la ideología del régimen [...] como ideología se filtra por todas las clases sociales, se hace evidente en el consenso que la acepta como lo normal y la contrapone a la honradez. Ésta delata al tonto, a la *rara avis*. Su contrapartida exhibe al vivo, al inteligente, al hombre realista que se opone al idiota idealista. No es fortuito que la llamada clase media —de cuyo auge y aún de su invención se ufana el Partido Revolucionario Institucional— acepte la corrupción como una norma de vida. Se habla en coloquios familiares o amistosos de la mala suerte del marido elevado a un puesto en que ya no tendrá más mordidas, en que habrá de resignarse a un solo sueldo. Y los oyentes lo deploran sin aspavientos ni reparos moralizantes.

La corrupción, por su carácter de parte indisoluble de la ideología de la clase dominante, debe ser dinámica y capaz de extenderse, debe depravar en todas las dimensiones de la estructura de la población. El agente de tránsito, el cartero (chivo expiatorio de una ley de responsabilidades de funcionarios que consagra la corrupción con el sello de la impunidad para los poderosos), el vendedor de gusanos de maguey, que no son sino “gallinitas ciegas” cuidadosamente amputadas; la frutera que ofrece tomates al parecer rebosantes, pero de fondo habitado por el vacío de una invaginación hábilmente disimulada; la criada que sisa y la maestra que recorta su horario y deja a un niño a cargo del grupo mientras ella completa con otros “caídos” su sueldo de hambre; el inspector que no busca evitar la infracción de reglamentos de cualquier índole, sino estimularla porque es manjar de mordidas; los más humildes sectores de la población sufren y aceptan la actividad corruptora porque en el régimen de monopolio político antidemocrático ha pasado a ser cuestión de supervivencia.²³

Ni en el texto de Montañón ni en el de Carrión se separan estrictamente corrupción social, corrupción política y corrupción administrativa propiamente dicha. Jorge Carrión eleva la corrupción al nivel de “ideología” del régimen político.

Ambos textos, sin embargo, tienen especial importancia como un acercamiento intelectual a ese fenómeno tan pocas veces tratado metódicamente. Otros textos publicados en el

²³ Jorge Carrión, “La corrupción en la política”, del mismo volumen.

mismo volumen se alejan aún más de una delimitación de lo corruptivo en lo administrativo. Desde otro punto de vista son importantes —y reveladores— el ensayo de Rosario Castellanos sobre el intelectual corrupto y el de Renato Leduc sobre la corrupción en el ejercicio del periodismo profesional.

Un antiguo punto de vista cristiano

Aunque el texto engloba muchos aspectos del término corrupción y toma éste en el más original y por lo mismo universal de los sentidos, el capítulo XII del *Enquiridion* sigue siendo teológica y ontológicamente válido al afirmar que: "Todas las criaturas son buenas, pero no sumamente buenas, y, por tanto, corruptibles." San Agustín afirma también:

Siendo el Creador de todas las substancias sumamente bueno, todas ellas son buenas; mas porque no son absoluta e inalterablemente buenas, como lo es su Creador, en ellas el bien puede admitir aumento y disminución. Mas cualquier menoscabo del bien ya es un mal, si bien, por mucho que disminuya, es necesario que permanezca siempre algo, porque, si dejara de ser substancia, no existiría ya en modo alguno; pues una substancia, cualquiera que sea, no puede perder el bien por el cual es substancia sin que ella misma deje de existir. Con razón es alabada la naturaleza incorrupta, y si es, además incorruptible, es, sin duda, mucho más digna de alabanza. Cuando una substancia se corrompe, esta corrupción es un mal, porque la priva de algún bien; pues si esto no fuese así, no la dañaría; es así que la daña, luego la despoja de algún bien.

Mientras una substancia se corrompe, hay en ella algún bien de que puede ser privada; mas si, subsistiendo algo de ser, ya no pudiera corromperse, sería por esto naturaleza incorruptible, y habría alcanzado este gran bien por medio de la corrupción; pero si no cesa de corromperse, no está despojada de todo bien, del cual la pueda privar la corrupción. Mas si la corrompiese totalmente, no encerraría ya en sí ningún bien, porque ella misma habría dejado de existir. De donde se sigue que la corrupción no puede destruir todo el bien, si no es aniquilando toda la substancia. Luego toda substancia es un bien: grande, si no puede corromperse; menor, si se corrompe. Pero nadie podrá

negar que es un bien, si no es el necio y en absoluto ignorante de esta cuestión; y ni la misma corrupción subsistirá una vez destruida la substancia, ya que sin ella no puede existir.²⁴

Desde fines del siglo pasado, sin embargo, el texto agustiniano no es suficiente para buen número de cristianos. Tanto católicos como protestantes han comenzado en forma creciente a plantearse los problemas en el orden social y ahí la corrupción en el sentido administrativo y gubernamental está siendo enfocada en forma distinta por las comunidades de base posconciliares. Hay una creciente oposición —entre católicos básicamente— entre interpretaciones “verticales” o tradicionales de muchos temas, éste entre otros, y “horizontales”, preocupadas por el presente y la realidad terrestre inmediata de cada pueblo o comunidad.

En este sentido la idea de corrupción administrativa puede estar mucho más presente y ser más inquietante para el teólogo de la liberación, por ejemplo, que para el teólogo tradicional.

El texto del *Enquiridion* está presente en toda concepción cristiana del “ser moral”, del mundo, del hombre mismo. El proceso corruptivo implica existencia mínima del bien, de ser de substancia, la corrupción sola no puede existir como no puede existir, *per se*, el mal.

La aplicación de la teoría agustiniana a lo social y a lo político está presente en el mismo santo de Hipona, quien en *La ciudad de Dios* opone las dos ciudades y los dos amores, el amor del hombre a sí mismo hasta el desprecio de Dios que edifica la ciudad terrena, y el amor del hombre a Dios hasta el desprecio de sí mismo que levanta la ciudad celestial. Pero estas ciudades se entremezclan, la ciudad de Dios se inicia en ésta, la terrestre.

Algunas afirmaciones del santo han sido interpretadas en extremo por ciertos exégetas. Es ilustrativa la anécdota recogida por san Agustín, del pirata frente a Alejandro Magno:

Alejandro: ¿No te avergüenza haber asesinado, robado, vendido a tantos hombres como lo has hecho?

Pirata: ¿No te avergüenza a ti que has hecho mucho más?

Alejandro: Yo soy Alejandro.

²⁴ San Agustín, *Enquiridion*, en *Obras*, cit.

Pirata: La única diferencia es que tú tienes la flota mayor de la tierra y yo tan solo unas cuantas naves.

Esta concepción agustiniana será interpretada por muchos autores como una condenación de todo poder civil que sería tachado por ellos desde su origen como maligno e incluso diabólico. Lutero mismo enfatizará esa opinión.

Las consecuencias prácticas de esa manera de entender el estado harán que de ninguna manera parezca para muchos inmoral o reprochable burlar las disposiciones legales (impuestos evadidos, contrabando, etcétera).

En cuanto a la corrupción, se da por sentado que César, emperador, estado, todo gobierno es, si es, corrupto. Nada se puede hacer sino buscar la ciudad celestial.

Otra corriente, sin embargo, es más realista. Parte de textos como el de san Pablo (*Epístola a Romanos*), que recomienda a los cristianos portarse en sus obligaciones como los mejores ciudadanos, hasta el de la *Epístola a Diogneto* (texto cristiano del siglo II), que dice:

Los cristianos no se distinguen de los demás hombres ni por su tierra natal, ni por su idioma, ni por sus instituciones políticas [...] Viven en su patria; mas como si fueran extranjeros; participan de todos los asuntos como ciudadanos; mas lo sufren todo pacientemente, como forasteros. Toda tierra extraña es patria para ellos; y toda patria, tierra extraña [...] Obedecen a las leyes establecidas, y con su vida particular sobrepujan a las leyes.²⁵

Este segundo criterio parece predominar definitivamente entre los teólogos católicos después del Segundo Concilio Vaticano.

La corrupción en el juego de sistemas valorativos del México actual

Explicamos en la sección II del trabajo cómo durante los tres siglos de la colonia difícilmente puede hablarse de una forma jurídica, administrativa y judicial común a los habitantes de

²⁵ En *Documentos de la Iglesia Antigua. Los Santos Padres*, Buenos Aires 1946.

Nueva España. Existe desde luego la muy admirada legislación de las Indias y la nada despreciable organización administrativa imperial española, pero en el país se multiplicaban los *status* particulares para las distintas comunidades y regiones. La administración —hasta las reformas de Carlos III en el siglo XVIII— es incapaz de contener esa enorme diversidad.

El trato directo con el estado (la distante corona y sus múltiples representantes) va signado en los novohispanos de una marcada desconfianza. La iglesia y las órdenes religiosas cumplirán muchas de las funciones —educación, registro, judicial, banca, incluso— que más tarde se irán haciendo gubernamentales. En las primeras décadas de vida independiente, la pugna entre un proyecto liberal y otro conservador retrasa mucho tiempo el establecimiento de formas jurídicas y administrativas estables.

Ya instauradas esas formas, durante el porfiriato, el común de los mexicanos no se convencía mucho de su eficacia en términos de justicia. En el campo, por ejemplo, la aplicación de las leyes (de reforma) implicaba para las comunidades la pérdida de tierras en favor casi siempre de hacendados o compañías deslindadoras. Un sentido de justicia más antiguo que esas leyes lo llevó muchas veces a rebelarse y lanzarse por último a esa revolución fundamentalmente campesina que fue la mexicana.

Durante siglos, en la escala de valores del mexicano han prevalecido los valores de tipo religioso, son ellos en todo caso los que darán fundamento en la inmensa mayoría del pueblo a los valores propiamente éticos. En gran parte de la población esos mismos valores religiosos estarán matizados por concepciones particulares de órdenes religiosas. La de mayor influencia posiblemente es la franciscana, con el ideal de pobreza y rechazo de riquezas. Su idea de justicia es muy distinta de la que pudiera darse en el orden puramente temporal. Su creencia en la providencia de Dios y en sus designios es mucho más poderosa que la confianza en la cambiante autoridad civil.

En gran parte de la nación esas concepciones vuelven a entrar en conflicto durante la tercera década de este siglo. Llega a darse una guerra cristera y para los cristianos se vuelve un problema serio de conciencia la obediencia o no de las leyes sobre materia religiosa.

No quiere decir esto que los valores religiosos fuesen de manera alguna los únicos; significa más bien que, a la manera del esquema axiológico de Max Scheler, ocupaban el vértice superior del sistema.

Otros valores habían aparecido desde tiempo antes y se hacen preferentes para algunos sectores de la población urbana que los proclamaban, según José Vasconcelos, en los últimos años del porfiriato. En su *Ulises criollo*, Vasconcelos cita una máxima norteamericana: "Make money honestly if you can. If you can't, make money".

En este marco valorativo, todas las variantes de corrupción en el sentido que hemos tomado el término —un trato ilegítimo entre agentes de poder público y particulares— no sólo no se presentaba para muchos de los mexicanos como religiosa o moralmente condenable sino en muchos casos era todo lo contrario, dada una supuesta creencia en la ilegitimidad de los poderes constituidos y su consideración, hasta los años treinta y cuarenta inclusive, como un mal necesario.

Ya en los años cincuenta y sesenta, la opinión pública se escandaliza por el enriquecimiento de los políticos y funcionarios. El expresidente Portes Gil hablará de que cada sexenio dará una "comalada" de nuevos millonarios. Hemos citado en la segunda sección del trabajo el texto de Cabrera referente a los "vástagos enriquecidos" de la revolución. Al iniciar esta tercera sección reproducimos los comentarios de Montaña y Carrión (intelectuales de izquierda). Posteriormente a la aparición del libro comentado sobre la corrupción en México, se atribuyó al presidente Echeverría una frase a propósito de la corrupción: "El que esté libre de culpa que tire la primera piedra".

En el sexenio 1976-82, los casos de procesamiento y prisión a funcionarios se han dado como nunca antes en la historia de México. Algún funcionario de la Procuraduría general de la república habló de miles de investigaciones y denuncias sobre corrupción de funcionarios. No ha sido el procesado ni el cartero, ni el policía de crucero.

¿Habrà disminuido por esto el hecho corruptivo? Las noticias del nuevo sexenio y la formación de una Contraloría a nivel secretarial muestran que no.

La mentalidad mexicana ha sido caracterizada por muchos observadores (nacionales y extranjeros) por su inimaginable capacidad de matizar. “El acrisolado sentido de honradez” del pueblo mexicano revelado por Justo Sierra no le impedía a ese mismo pueblo distinguir por lo menos tres categorías en esa honradez: la de “honrado”, la de “honrado, honrado” y la difícilísima de “honrado, honrado, honrado”.

Algo semejante puede darse en torno al fenómeno corruptivo del que participan tanto el funcionario venal como el particular que compra su servicio (a la ley).

Más allá de los matices, en lo más profundo, el fenómeno corruptivo en México —como lo hemos enunciado— es inseparable de la antigua concepción popular de “gobierno” como una realidad ajena al pueblo mismo, peligrosa y poco digna de confianza.

El problema radical de la corrupción sólo podría atacarse, a nuestro juicio, haciendo que el común de los mexicanos sientan cada vez más al estado como algo propio y no como desde tiempo inmemorial, algo ajeno y con frecuencia hostil.

IV

Algunas conclusiones

1. La enorme extensión —en sentido lógico y como propiedad conceptual— del término *corrupción* hace difícil cualquier acercamiento sistemático al tema.

2. Un acercamiento *implica* el señalar un campo concreto del fenómeno.

3. Ese campo puede delimitarse en la zona político-administrativa y observarse en él con exclusividad.

4. Una definición nominal del diccionario: “Alterar o trastocar la forma de alguna cosa”=“corromper”, nos parece lo suficientemente amplia y al mismo tiempo precisa para comprender todo fenómeno corruptivo.

5. Puede aplicarse al terreno político, social y administrativo. Entenderíamos entonces la forma *trastocada* o *alterada*, la

juridicidad de una sociedad o de cualquiera de sus funciones administrativa, judicial, etcétera.

6. Esa alteración se da como un pacto entre funcionarios por una parte y particulares por otra, beneficiándola los segundos con esa alteración o trastrueque y obteniendo los primeros una compensación generalmente en dinero.

7. Documentalmente esta alteración parece extenderse sin límite en el tiempo y el espacio. En lo temporal pueden encontrarse textos desde el libro del Éxodo hasta el periódico de cada mañana. En el espacio —o sea en todos los países de la tierra— los casos son evidentes en la literatura reciente y también en la prensa diaria. En cada uno de los casos es aplicable la primera definición, la segunda provisional y como hipótesis de trabajo.

8. En muchas sociedades esa corrupción parece ser inseparable del sistema político, económico y social.

9. A diferencia de lo que puede ocurrir en otros países donde toda corrupción administrativa se presenta en principio como éticamente probable —particularmente en los países nórdicos y protestantes—, en el sistema valorativo de México y otros países latinos parece verse el fenómeno corruptivo en la administración pública con una perspectiva ética diferente.

10. Puede lo anterior atribuirse a la oposición —frecuente en la tradición católica— del llamado “poder temporal” y el llamado “poder espiritual”: oposición que, en esos términos, parece haber perdido toda base después del Segundo Concilio Vaticano.